# Peronismo

José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

**78** La primavera camporista (II)




Suplemento especial de
Página|12

## LÓPEZ REGA: EL GUITARRISTA MALO DE GARDEL

Supongo que recuerdan la entrevista que la conducción de Montoneros –Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía– tuvo con Perón en abril de 1973, en Madrid. Ésa en que Perón les cuenta la anécdota del ingenuo Samuelito y su cruel papá, que le saca la escalera y le dice que no confíe en nadie, ni en él mismo. Los montos salen a los jardines de la residencia de Puerta de Hierro, algo atribulados, y se dirigen a la salida. Tratan de develar el sentido (no tan oculto) del cuentito del Viejo. Parecía que la jornada de cuentos premonitorios habría concluido. Pero no. *"Siempre es posible poner una piedra sobre la colina de las desgracias"*, supo escribir Louis Aragon, si es que lo cito bien. (Por las dudas siempre se puede consultar la *Antología de la poesía surrealista* de Aldo Pellegrini, venerable libro que todos los veteranos y no tanto hemos leído.) Esa piedra fue para los montos la presencia del pequeño, servicial, movedizo secretario privado del general, López Rega. Nadie –a esa altura– lo consideraba todavía algo más que un bufón. Un Eusebio del general, como el Eusebio de Rosas. Lopecito los invita a tomar unos tragos en un hotel cercano a la Quinta 17 de Octubre, el Hotel Real. Se sientan, López ordena los tragos y –sin mayores dilaciones– empieza a contarles un cuento. Porque él también tiene uno. Se titula *El guitarrista malo de Gardel*. El cuento es buenísimo y merecería que una buena pluma lo tomase y lo desarrollara adecuadamente. Gardel –como se ve en todos sus films– tiene dos guitarristas. Según el cuento (y aquí radica todo) los dos guitarristas, pese a ser "los de Gardel", condición que los iguala, no son iguales entre sí. Tienen una diferencia terrible: uno es bueno; el otro, malo. Gardel emprende la gira que lo llevará a Medellín y –para reducir costos– deja en Buenos Aires al guitarrista malo y se lleva al bueno. Imaginen la furia, la decepción y hasta la deshonra del guitarrista malo. Les habrá deseado la peor de las suertes. Tanto, que se le dio. Gardel y su guitarrista bueno se carbonizan en el aeropuerto de Medellín. (No creo que el cuento-metáfora incluyera el gran chiste negro sobre la muerte de Gardel, de modo que vamos a recordarlo. Digo recordarlo porque es conocido. Igual el tema de las "últimas frases" de los hombres célebres nos reclamará de tanto en tanto. ¿Cuáles fueron las de Gardel, las últimas frases del Zorzal Criollo? "¡Se incerrrrrdia!".) El guitarrista malo se entera de la noticia y decide sacarle jugo a la situación. Se presenta en todas partes bajo el título de "El guitarrista de Gardel". Se gana fácilmente la vida. Algo, en él, ve siempre el público del ídolo carbonizado. Reconoce algunos pasajes. Algunos giros. Con eso le alcanza. Con recibir, apenas, un eco del gran hombre que –cualquiera lo sabe– permanecerá intacto en la memoria de la patria, pero jamás volverá de la tumba, pues le gustaba cuidar su pinta y no querrá mostrarle a su público lo fulero que la desgracia lo dejó. Estas últimas consideraciones –algo lindantes con el humor negro y en las que suele abundar el autor de estas líneas– no pertenecen a López Rega. Lopecito sólo les contó el cuento. Pero les entregó la explicitación de la metáfora. Confiesa Perdía: "Remató la anécdota diciendo que ése era su futuro. Que el General sería presidente y que a su muerte lo sucedería Isabel. Ese sería su momento, porque ejercería el poder a través de Isabel, que era su discípula. Como aquel 'guitarrista malo' suplantaría sus deficiencias con el título de 'Secretario de Perón'. Nosotros no asignamos ni a esas ni a otras anécdotas e ideas más significación que a sueños de un delirante. Con el tiempo comprendimos cómo nos habíamos equivocado" (Perdía, *ob. cit.*, p. 145).

Todavía están en el Hotel Real. Supongamos que beben unos martinis. Que el clima no es tenso, pero un poco estéril. Como si los montos se dijeran "qué hacemos aquí, perdiendo el tiempo con este patético pelotudo que nos viene con ese cuento idiota del guitarrista malo de Gardel, justamente a nosotros que venimos de una larga entrevista con el General". De pronto sucede algo inusitado. Como Perdía no le otorga el peso que merece me permito narrarlo yo. López Rega seguramente ha de pedir otro martini. Busca crear una pausa entre el cuento del guitarrista malo y lo que ahora va a decir. Se inclina sobre la mesa, como si buscara crear un clima secreto, un círculo de complotados. Sólo él lo hace. Los montoneros se quedan como estaban. Pero él baja la voz. Todo indica que intenta señalar la gravedad de lo que va a decir, que no es para todos, que nadie puede ni remotamente escucharlo, que sólo puede ser verbalizado en voz muy tenue, conspirativa. Por fin, dice:

–Tenemos serios problemas en el país.

Se detiene. Mira, a cada uno de sus interlocutores, a los ojos. Ninguno dice nada. Quedan a la espera. Algo más interesados ahora, o mucho.

–La izquierda.

–La izquierda –repite mecánicamente Firmenich.

–Sí –dice López–. Nos vamos a tener que enfrentar a una izquierda muy poderosa que querrá tomar el poder.

Los tres montoneros se miran entre sí. ¿Están oyendo bien? ¿Eso está diciendo López Rega? ¿A ellos? Lopecito no se detiene:

–Pero no nos van a agarrar desprevenidos. ¿Saben qué hay que hacer?

–No, pero sin duda usted nos lo va a decir –dice Firmenich, que ha asumido el diálogo marciano que tiene lugar.

–Tenemos que construir grupos operativos de tipo clandestino. Ellos también actúan así. Por eso tenemos que hacerles lo mismo: la guerra clandestina.

–No cuente con nosotros para eso –dice *seriamente* Perdía–. Creemos que es un disparate. Lo rechazamos por completo.

"Eso que nos pareció un disparate (escribe Perdía), y como tal lo rechazamos, luego se convirtió en trágica realidad, a la que otros prestaron su concurso y al final, nosotros fuimos sus principales víctimas" (Perdía, *ob. cit.*, p. 145. También tomado por Galasso en *Perón*, ed. cit. Volumen II, p. 1172).

¿Estaban todos locos? ¿Cómo tomar en serio ese diálogo? Lo del guitarrista malo de Gardel es una joya. Un cuento-metáfora por medio del que López amenaza a los jóvenes revolucionarios y les dice que él se va a quedar con todo el poder, como si ignorara que los montos ya le pedían al General compartir la conducción. ¡Raro que el hombre pensara en serio que la dejarían en sus manos a su muerte! Era poner demasiadas cartas sobre la mesa. La amenaza de Perón era una cosa: "Muchachos, el Padre soy yo y cuando se me cante les saco la escalera". Pero ya que Lopecito les diga que lo del guitarrista malo de Gardel es poco creíble. En fin, supongamos que fue así. No olvidemos que estos materiales provienen del libro de Roberto Perdía. Pero, que López les diga a los montos que se dispone a organizar "grupos operativos de tipo clandestino" para combatir a la izquierda ¡que son ellos! es un disparate insostenible. O López estaba loco. O Perdía miente. O todos habían tomado demasiadas copas en el Hotel Real.

Si Perdía no miente sólo restaba matarlo ahí mismo. Decirle: "Oiga, usted delira, ¿cómo nos dice eso a nosotros, idiota? Nosotros somos la izquierda. A nosotros se propone matar usted con sus grupos clandestinos. Si nos lo dice en la cara es o porque no lo va a hacer o porque nos quiere amenazar o porque está loco. Si no lo va a hacer, ¿para qué nos lo dice? Si nos quiere amenazar, no vemos con qué fuerzas lo hace. Y si está loco, al General no le sirve de nada. De modo que ahora se viene con nosotros y no se preocupe por el General. Mañana nosotros le informamos que se busque un nuevo secretario. Que usted se atragantó heroicamente con una aceituna. O chocó con una bala que por simple casualidad venía en dirección contraria a la suya. ¿Cuál prefiere?"

*Satiricón* era una revista muy leída por la clase media progre, inteligente, que buscaba un humor no convencional. En su tapa de mayo publica un dibujo que presenta a Perón como el sol de la mañana, un sol que sale para iluminar a la Casa de Gobierno y al país todo. El título de tapa es: *El sol del 25 viene asomando*. Nunca había pasado ni pasará algo como eso. Salvador Allende caminaba por los salones de la Casa Rosada. Se acerca al balcón. Mira a la muchedumbre. Saluda a quienes lo reconocen. Un periodista le pregunta qué opina del nuevo gobierno argentino. "Pues que le aguarda un gran futuro –dice don Salvador–. No sólo por los hombres que lo componen sino por toda esa muchedumbre que lo apoya." Y hace un amplio gesto que abarca toda la plaza. Cuánta tristeza, dolor. No recuerdo dónde vi ese reportaje a Allende. Por ahí en algún televisor de alguna vidriera. O porque no había salido aún para Plaza de Mayo. Allende se veía solemne. Parecía seguro de sus palabras. Pero no ignoraría los peligros que asechaban por todas partes, de aquí y de allá de la cordillera. En la CIA, el general Haig, hacía rato que había dicho de él: "Hay que terminarlo. No podemos tolerar otro Castro en América Latina". Luego, en un documental sobre Kissinger, lo dijo todavía más expresivamente: "¿Otro Castro? ¡Come on!" O sea: "No me jodan. Nos engañaron una vez. Dos, no. Nunca". Cuando don Salvador dice que a Cámpora le aguarda un gran futuro, lo dice porque ve a esa muchedumbre en la plaza, a él le quedan menos de cuatro meses de gobierno y de vida. Y a Cámpora menos de cincuenta días en la Casa Rosada. No podía ser. América Latina no habría de ser tomada por el marxismo. Porque hay que aclarar algo y aclararlo muy bien. Dentro del esquema de la Guerra Fría las fronteras exteriores de los países eran custodiadas por Estados Unidos. Pero adentro la tarea era de los ejércitos nacionales. *La guerra de Argelia no había sido una guerra colonial.* Fue un grave error creerlo así. Para los *paras* franceses se trató de una *guerra revolucionaria*. Se luchó contra el marxismo. Era *el mundo occidental* que luchaba contra la agresión soviética. Así eran educados los generales de los países de la periferia. Se trataba –como bien lo van a explicitar los militares de la Doctrina de la Seguridad Nacional– nada menos que de la Tercera Guerra Mundial. La misma tenía la característica de desarrollarse en países que no eran parte territorial de los dos bloques hegemónicos de esa guerra: Estados Unidos y la Unión Soviética. Eran países marginales. En ellos buscaba infiltrarse el enemigo "rojo". Por elecciones, por el populismo, por el intervencionismo de Estado, por el keynesianismo distributivo. *Hoy sucede lo mismo*. Todos los países que no colaboran abiertamente con la Guerra al Terror de Estados Unidos *están contra él.* Si rechazan el ALCA, la CIA los considera "populistas" pero –hoy, en los archivos del Pentágono– *populismo es terrorismo*. El Mercosur –al debilitar el poder de Estados Unidos– fortalece al terrorismo. La unidad entre países poco dóciles –por ejemplo: Bolivia, Chávez, Correa, Cristina Fernández– no se considera como el acercamiento de populismos distribucionistas. No hay nada que sea eso. Todo alejamiento del mercado libre norteamericano, del Estado no intervencionista, de la libertad incondicional de las empresas, de los acreedores, del Fondo Monetario, de los buenos negocios de las corporaciones, toda hegemonía de la política por sobre la economía, toda injerencia en la propiedad (lo que intentó, mal o bien, Cristina K en 2088 y casi le cuesta el puesto), toda agresión al "republicanismo", a la "libertad" de esa prensa que está en manos de la derecha, farfullar contra la Escuela de Chicago, contra el Consenso de Washington, imponer ideologías contra-mercadistas, agredir a las elites, a sus formadores de opinión, que serán sagrados, intocables, porque serán la voz de los grandes valores del mundo libre, todo eso será pro-terrorista. Y la regla central de nuestro tiempo es la Guerra contra el Terror. En los '70, con la misma virulencia, lo era la Guerra Fría, contrainsurgente. O sea, la juventud peronista peleaba contra la maquinaria bélica de Occidente. *Muertos, antes que rojos*. No era una tarea de la que fuera consciente por completo. Menos sus militantes. ¿O por qué no postular lo contrario? Eran más conscientes los militantes que las conducciones. No luchaban contra la "camarilla militar". ¡La "camarilla militar"! Qué espejismo. ¿Sólo contra eso se luchaba? ¿Contra Lanusse y los mil afiliados del Partido Militar, como había dicho Ortega Peña en Nueva Chicago? No: *se peleaba contra el poder militar nacional y contra todo el poder militar del mundo libre.* Para el "imperialismo", nosotros no éramos un pueblo en lucha por la liberación nacional y social de la patria. Eramos una formación nacional del diabólico marxismo expansivo y soviético que luchaba contra el poder del mundo occidental y cristiano. Nuestros enemigos eran el poderoso Ejército Argentino más todas las potencias del Occidente Cristiano dispuestas a defender los valores de la democracia contra el enemigo soviético. ¡Y nosotros creíamos diferenciarnos porque hablábamos de los dos imperialismos y la tercera posición! No estábamos con ninguno. Esto nos llevaba a la ilusión de permanecer ajenos a la lucha de los dos imperialismos. No: estábamos en el centro de esa lucha. O nos enrolábamos con Occidente o éramos sucios comunistas del trapo rojo aunque gritáramos "ni yankis ni marxistas". O aunque nos puteáramos con los zurdos desde la condición nacional y popular. Alexander Haig se reía de lo "nacional y popular". Era otro disfraz del comunismo internacional. Y Perón, el mismo indeseable de siempre. En suma, todo era más terrible de lo que osábamos imaginar... o averiguar. Ya vamos a estudiar la composición y adoctrinamiento del Ejército Argentino. Era claro –clarísimo– que no bien se pusieran en serio contra la guerrilla la aniquilarían rápidamente. Y que la masacrarían lentamente, con torturas inexpresables, como los matarifes de Argelia, sus grandes instructores.




## "MUCHACHOS, NO ME PINTEN LOS TANQUES"

Volvemos a la Plaza del 25. Fue la apoteosis de la ilusión. Pero también del desborde. Se jugaba con fuego. Se confiaba demasiado en el triunfo. Se creaban rencores ilevantables. Se humilló exageradamente a los militares. ¿Era necesario? Es al pedo discutir si lo merecían o no. Pero, ¿qué se pensaba? ¿Que se iban a casa para siempre? ¿Que no se quedarían lamiendo esas heridas a la espera de la venganza? Sí, se sabe: se pensaba que se iban para siempre. Al ver al helicóptero (ese helicóptero sobre la Rosada es ya el símbolo de la *destitución* en la Argentina) tomando altura y alejándose de la Casa del poder, estalla el grito triunfal, la consigna de la victoria:

*Se van/ se van*
*y nunca volverán*

¡Tan poco tardaron en volver! ¡Y con qué furia asesina lo hicieron! Toda esta historia que narramos tiene miles de elementos fascinantes. Algunos son terriblemente tristes al verlos desde el futuro más cercano. Porque una ilusión puede morir en diez años o quince. Puede deshilacharse, ajarse. Un héroe que nos deslumbró puede decaer, hasta puede tornarse la caricatura de sí mismo. Pero en no menos de veinte años. O por ahí. La vida es una permanente decadencia. Miramos una foto nuestra de cinco o diez años atrás y ya sabemos hacia dónde vamos: cada vez somos parecidos a nuestro último rostro, a la exacta cara que tendremos al morir. Vemos el final dibujándose en cada arruga, en cada pliegue nuevo, a lo largo de los años. Pero gritar a los 20 o 25 años (pongamos este promedio de edad en los militantes de la juventud peronista), en una plaza desbordante de todo tipo de gente, una plaza que era la Argentina misma en uno de sus momentos de mayor felicidad, *se van/ se van/ y nunca volverán* y que esa esperanza se desteja primero en menos de 30 días (Ezeiza) y luego –entre fuego de metralla, muertos, avance de los peores monstruos imaginables– se haga trizas en un año y medio es un espectáculo inaudito. La Historia sabe ser cruel y castigar la soberbia. Los hechos suelen organizarse (no porque haya en ellos deliberación alguna) de modos tan sorprendentes que algo como la ilusión que alimentó la Plaza del 25 termine –para muchos– en la pesadilla de la ESMA y en una temporalidad que fue como un soplo, un vértigo paralizante, helado, que impidió siquiera tomar conciencia de él en tanto ocurría.

Los muchachos de la Jotapé se desbordaban a sí mismos. Habían asumido el control de la Plaza. Le habían pintado un nuevo nombre a la Rosada: *Casa Montonera*. Para muchos era un juego. Los muchachos se divertían. Porque la Plaza del 25 fue montonera. Hubo gente de todo tipo. No faltó un solo jetón. Fueron todas las parejas jóvenes de Buenos Aires y de varias provincias, fueron con sus niños, con sus cochecitos o cargándolos en sus brazos o espaldas. Fueron viejos peronistas. Fueron hombres y mujeres de toda clase. *Nadie tenía miedo. No podía pasar nada*. Los militares se iban. A ver si podemos dejar esto en claro: *No había hipótesis de conflicto*. Sólo existía la Tendencia Revolucionaria. Nadie pensaba en el C. de O. ni en la CNU. Tampoco en los sindicatos. Hacía muy poco que la UOM había creado a "los verdes" (brazalete verde): los muchachos cadeneros de la Juventud Sindical. Nadie los conocía. Acaso se llegó ese día a una suma improbable, a una cantidad imposible de personas, pero nadie que estuviera ahí habría podido negar esa cifra: un millón de seres humanos, todos alegres, todos inmersos en la fe del futuro, el futuro como una larga senda interminable, llana, sin socavones, sin banquinas peligrosas. Imposible imaginar que todos eran de la juventud peronista. Y esto es lo formidable de la jornada. Si la Jotapé llevó un 25 por ciento su papel se multiplicó. Eran los más activos y se sentían los héroes de la jornada. Pero la Plaza desbordaba de pibas con ponchos salteños, de pibes con largas patillas, con pantalones elefante, con poleras, de gente sencillamente feliz. Los milicos se fueron y –junto con la consigna del "nunca volverán"– se mezclaron puteadas de todo tipo. Muchos creían que en ese helicóptero iba Lanusse. No, Cano, empecinado, bravucón, pelotas de acero, dijo: "Yo aquí entré por la puerta y por la puerta voy a salir". Salió y se abrió paso entre gente que no lo quería. Se ligó sus puteadas y algún escupitajo. A nada le dio bola. Era más alto que todos y ese pelo plateado semejaba un casco. Entró en su auto y se fue.

Se había planeado un desfile para las 15.30. El general de infantería Manuel Haroldo Pomar, viejo conocido de los políticos justicialistas, se haría cargo de su realización. Impotente ante el desborde de la militancia, Pomar ni siquiera podía hacer avanzar sus tanques. Era un espectáculo inédito en la Argentina militar, católica, conservadora y reaccionaria en que nos habíamos criado. Los militantes se trepaban a los tanques. O les pintaban leyendas sin duda injuriosas para los milicos. No había un tanque que no estuviera pintado por completo. Las pintadas eran las más esperables, pero, por serlo, eran las más agresivas. Por ejemplo: "Vengaremos a los muertos de Trelew". O las siglas de la organizaciones armadas: Montoneros sobre todo. El ERP no asistió al festejo. Habrá considerado que esa reunión multiclasista, bonapartista, que ese festejo de conciliación de clases típicamente peronista burgués no respondía a la línea clasista y combativa que ellos impulsaban. Sin duda, andaban mezclados entre la gente, pero no levantaron banderas. Como fuere, "Perón" o "Viva Perón" no faltaba en ningún tanque. De pronto, el general Pomar se asoma desde el interior de uno y cruza su mirada con la de los invasores. Amablemente, dice:

–Muchachos, no me pinten más los tanques. Tenemos que desfilar. ¿Cómo vamos a desfilar así?

Vaya a saber qué le contestaron.

## ¿EN QUÉ TARRO MEA PERÓN?

Entre tanto, en Avenida de Mayo, pude ver la escena más impresionante de ese día. (De las que yo vi, al menos.) Un enorme frente de militantes de la juventud se enfrentaba con los cadetes de la marina. Pudo haber pasado cualquier cosa. Un desastre que arruinara todo, que mandara la gloriosa jornada al mismísimo demonio. Los cadetes (vestidos con muchos colores y gorros muy bonitos) tenían escopetas con bayonetas caladas. Se habían desplegado y ahora cubrían el frontón humano que había construido los Jotapé. Había un cadete por cada militante. Pero, entre ambos, una enorme diferencia: la mayoría de los jóvenes llevaba el torso desnudo. Los cadetes, todos bien vestidos ya casi apoyaban sus bayonetas en el pecho de sus oponentes. Mi recuerdo se fija en el jotapé que parecía comandar a los demás. Estaba en el medio de las fuerzas desplegadas. Torso desnudo, el sol fuerte sobre la frente, transpirado, toda la furia del mundo en la jeta y un coraje desmedido. Porque a la bayoneta del cadete que tenía frente a él le acercaba el pecho y no paraba de hablar. Ignoro si el cadete lo escuchaba ya que tenía cara de miedo. Por los movimientos de su cabeza era claro que el jotapé le decía: "Dale, atrevete. Clavámela". El cadete retrocedía. Y toda la fila con él. Hasta que se desbandaron. Aparecieron después montones de cuadros de la Jotapé con brazaletes y se encargaron de organizar el acto que siguió sin mayores sobresaltos.

Las principales consignas de la jornada fueron:

*Juventud presente,*
*Perón, Perón o muerte*

Que señalaba correctamente la acción dominante de la juventud peronista durante la jornada. No olvidar esto: el 25 de mayo fue la Plaza de la Jotapé. Fue una plaza popular, alegre, soleada, pero combativa. Fue la plaza de Cámpora y la de sus "sobrinos", los que lo habían llevado ahí, los que lo querían, lo sabían suyo, los que hasta eran capaces de pensar que era más leal a ellos que a Perón o igualmente leal a ambos. Pero si Cámpora quería crecer en política, si le empezaba a tomar el gustito a este asunto del Poder, de ser Presidente, de recibir a Allende y a Dorticós, de ser un líder revolucionario, un jefe de los pueblos del Tercer Mundo, si decidía, en fin, mandar a la mierda la obsecuencia y la lealtad nihilizadora al Padre Eterno, su única fuerza política era la juventud peronista. El Tío lo sabía. Los jóvenes también. Por eso voceaban la consigna:

*Cámpora leal,*
*socialismo nacional*

Pronto se vería que, para ser leal al socialismo (nacional), Cámpora debía optar por los jóvenes y enfrentar al Viejo castrador, al jodido Viejo que

llegó para destrozar todos los sueños de la Tendencia, que incluían la muerte política del Tío. ¿Se atrevería? ¿Intentaría algo? ¿Lograría el oscuro dentista de San Andrés de Giles ir más allá de sí mismo? ¿Cuántos hombres pueden algo así? Difícil, muy pocos. Más difícil aún para Cámpora que había definido su existencia bajo el signo de la lealtad a Perón. Ahora también quería ser leal a esos jóvenes a los que había empezado a querer. Su destino era el del *jamón del sandwich*. Pero, de ese sandwich tóxico, seguramente su parte más sana terminaría por ser el jamón. Cámpora fue la imagen del perejil de superficie. Del que creyó que se podían hacer las cosas sin grandes costos, sin sangre. Del que ni sospechó la torpeza y el desprecio por la vida de sus propios militantes que animó a la conducción de la Orga (sobre todo a partir del '74) y del que ni imaginó hasta dónde podía llegar el compromiso de Perón con la derecha del movimiento. Como sea, el discurso de la Plaza del 25 termina con la frase axial de Perón y del peronismo: *de casa al trabajo y del trabajo a casa*. Es imposible concebir una frase menos ligada a toda idea de movilización popular que ésa. Su antítesis, en gran medida, es *gobernar es movilizar*. Podría decirse que nosotros meábamos fuera del tarro. Es evidente. Pero no porque no conociéramos el tarro. Meábamos dentro de otro tarro, no afuera de ninguno. Sólo que nuestro tarro no era *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, sino *gobernar es movilizar*. En éste meábamos. Lo que proponíamos era un cambio de tarro. "Miren, compañeros peronistas, ya se ha meado bastante en el tarro que propone *de casa al trabajo y del trabajo a casa*, ¿qué tal si se empieza a mear un poco en el que proponemos nosotros, *gobernar es movilizar*?" Pero el Viejo tenía demasiados problemas de próstata y no quería cambiar de tarro. Por sus convicciones de manipulador social y de apartar a los obreros de la combatividad militante y porque, en el remoto caso de querer cambiar de tarro, seguramente Lopecito lo habría convencido de que no llegaría nunca al nuevo y, en el trayecto, se mearía encima.

Otras consignas de la Plaza del 25 fueron:

*Montoneros, FAR y FAP*
*en la guerra popular*

*Los peronistas joda, joda, joda*
*y los gorilas llora, llora, llora*

*Dame una mano*
*dame la otra*
*dame un gorila*
*que lo hago pelota*

El "tono infantil" de esta última (basada en un juego de la niñez y practicado sobre todo por niñas) pareciera negar la dureza de la Jotapé y tal vez lo haga. Pero, ¿no eran acaso "niños terribles"? ¿No estaban en rebelión contra todo lo que habían recibido de sus padres, contra el entero mundo que les habían legado? Nacidos casi todos en hogares gorilas, no había uno cuyo padre no hubiera sido un terrible antiperonista con el que había tenido que discutir fieramente su opción por el "tirano prófugo". Para muchos, esa "opción" determinó el raje del hogar paterno. El cambio de un padre por otro. Además, la familia del nuevo padre era enorme, fascinante, peligrosa, rebelde, joven. De modo que la consigna no quedaría tan infantil si le diéramos su verdadero, oculto significado:

*Dame una mano*
*dame la otra*
*dame a mi viejo*
*que lo hago pelota*

Reconozco que he cedido a las tentaciones de un pocket-Freud bastante berreta. Pero no retiro la interpretación. Funciona bien. Los jóvenes –es un lugar común y, aunque común, verdadero– son siempre rebeldes. Si el James Dean de *Rebelde sin causa* hubiera nacido en Buenos Aires para ser joven en los '70 habría sido militante de la Tendencia.

## NUNCA VIVAS DONDE NO TE DEJAN VER A UNA MINA EN BOLAS

Sigamos. Otra consigna se había voceado durante toda la jornada: *Cámpora presidente/ libertad a los combatientes*. (*Nota:* Estas consignas pueden encontrarse en el muy buen libro de Ernesto Jauretche, que a cada coyuntura le adosa las que la acompañaron. El libro, pese a su título algo pendenciero –*No dejés que te la cuenten*–, está bien trabajado y trae testimonios muy valiosos. Corrigiendo: el título va más allá de lo meramente pendenciero. Es más rico que eso. Se presenta como la *única* verdad sobre la militancia de los '70. Los "otros", ésos, "te la cuentan". Nosotros no, dice Ernesto, te damos la precisa. La frase encierra un desdén por el lector: que no va a ser capaz de distinguir entre quien "se la cuenta" y quien no. Es cierto que se propone ser "popular", se trata de una frase de barrio, de base. "No dejés que te la cuenten, pibe. Escuchalo a Ernesto que se la sabe lunga." Pero por más lunga que se la sepa Ernesto, su versión será una más. Hasta por ahí sale un libro o un panfleto titulado: "No dejés que Jauretche te la cuente". Aquí, los que quedamos para contarla y los que todavía queremos encarar el riesgo de contarla, la contamos todos. Cada uno cuenta la suya. Algo de verdad sin duda habrá en cada versión. Pero son eso: versiones. Ninguna será la verdad absoluta como para afirmar que todos los demás "te la cuentan". Lo bueno del libro de Jauretche es que él cuenta poco porque les da la palabra a protagonistas relevantes de los hechos. Que también "te la cuentan". Porque, en esta vida, te la cuentan todos. Al final, uno tiene que elegir la que se va a contar a sí mismo. Acaso todas estas centenas de páginas no sean sino la forma en que yo me la cuento a mí mismo. Y no está mal que así sea. Lo único que pido es que todos lo reconozcamos. La verdad absoluta sólo Dios la tiene. Y Dios de peronismo no sabe un pomo. O porque no le interesa o porque renunció a entenderlo (sabia decisión) y se consagró a elucidar cuestiones menos complejas: si Él existe o no, por ejemplo. Además, recordemos, el *compromiso con el pueblo* de la juventud peronista era: "Primera ley vigente: libertad a los combatientes". Y seguía: "Los candidatos electos (recordamos este texto ahora) de la juventud peronista en los niveles nacional, provincial y municipal comprometen formalmente su acción ante el pueblo para el logro de los siguientes objetivos fundamentales: *Primero:* La investigación incondicional y sin discriminaciones de todos los compañeros presos políticos, gremiales y conexos" (*Envido*, Nº 9, mayo, 1973, p. 6). Entre los firmantes –que son varios– figuran algunos nombres que han continuado en la política argentina. Que, podría decirse, han llegado a ser presidentes de la República y acaso lo intentan todavía. Pues entre los diputados provinciales figura un tal Adolfo Rodríguez Saá, hombre que carga sobre sí el prestigio de ser descendiente del glorioso caudillo cuyano Juan Saá (¡al que Alberdi consideraba "¡el verdadero vencedor de Pavón"!), quien es derrotado –luego de valiente lucha– en la batalla de San Ignacio, el 1º de abril de 1867. (*Nota:* Las tropas de Buenos Aires estaban al mando del coronel Arredondo. Hay una calle que se llama así a dos cuadras de mi casa, ¿será en memoria de este carnicero? Siguiendo las órdenes de Mitre –*guerra de policía*– las tropas de Arredondo "se ensañaron con sus propios compatriotas y degollaron a muchos prisioneros rendidos" (Busaniche, *ob. cit.*, pp. 767/768). Como digo a menudo: Busaniche *no es* revisionista. Es un liberal. Pero es honesto.) Era el sistema del mariscal Bougeaud, que pronto veremos aplicar a los sicarios de Videla adiestrados por los Bougeaud del siglo XX: los paras de Argelia). De modo que el gobierno de Cámpora no tenía otro remedio que apurar la liberación de los prisioneros políticos. *Un acto perfectamente razonable y legítimo*. A ver si entendemos alguna vez estas cosas de nuestra historia y se dejan de oír en las radios de la tarde, en los taxis y en las peluquerías –al tratarse estos temas– las miserables idioteces de siempre. *Los presos políticos que liberó el gobierno de Cámpora eran prisioneros de siete años de gobiernos dictatoriales*. (Si contamos sólo los de la Revolución Argentina. Porque los gobiernos *inconstitucionales venían desde el 16 de septiembre de 1955*.) Los presos políticos de las dictaduras son indultados por la mayoría de los gobiernos democráticos que las suceden, si son honestos. Basta ya de mentiras, de bajezas: Cámpora no se equivocó. No se liberó "a los guerrilleros de todas las cárceles". No podemos saber –en primer lugar– si todos eran guerrilleros. Sin duda, no lo eran. Eran los hombres y mujeres que siete años de una dictadura militar había encerrado en las mazmorras del régimen. ¿Les gusta la frase, señores críticos profesionales del camporismo, legales constitucionales, defensores de la república, de las instituciones? ¿De qué hablan? ¿Qué república, qué instituciones, qué aparato de seguridad había puesto en las sentinas dictatoriales a enemigos políticos que hacían frente a un régimen ilegal, inconstitucional, a una república sin Parlamento, hueca de instituciones, con una policía sin controles judiciales, violenta? La democracia recién volvió al país por medio de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Y se intentó restaurar el 12 de octubre del mismo año con la fórmula Perón-Perón. Si se restauró, lo veremos. Pero el gobierno de Cámpora fue excepcionalmente democrático. No niego que fue doloroso para los miles y miles de argentinos fachos que crecen como hongos en esta tierra. Lo vieron como un desborde subversivo. Había llegado –por ahí: por mayo-junio del '73– al Aeroparque de Buenos Aires. Iba seguramente a Córdoba. Me detengo ante un kiosco de revistas. ¡Qué hermoso, nuevo, vital, saludable espectáculo! El kiosco desbordaba de revistas que habían sido prohibidas durante años, durante siglos. ¡Bravo, Cámpora, bravo! ¡Al fin uno veía una teta en un kiosco de revistas! Era una revolución. Ahí estaba *Playboy*. Ahí estaba *Playmate*. Ahí estaba *Penthouse*. Estaban los libros que nos habían prohibido leer. ¡Hasta uno que otro de Marx había! ¿Saben los argentinos de hoy que uno tenía que viajar a Montevideo para comprar libros de Marx y Engels durante la "dorada" década del '60? ¿Saben que –junto con el peronismo– se prohibía todo lo que oliera a marxismo? ¿Saben esto? Una vez volví de Montevideo. En el fondo de la valija tenía varios libros de Marx. Arriba había puesto unas ediciones de *La república*, *Las leyes* y el *Timeo*. El tipo de la Aduana de nuestro republicano país me hace abrir la valija. Mira los libros de Platón. "Estos son todos los libros que traje", le digo. "Bueno", dice el animal onganiesco. "Porque, ¡no crea que se puede entrar cualquier libro a este país!" Eso dijo el tarado, el lacayo fiel, porque está lleno de desgraciados como ése este país. Tipos que esperan que les den una orden sucia, lo suficientemente sucia como para que puedan cagar a los demás, tratarlos mal. Pasé con mi valija. ¡Me sentía un héroe porque había entrado al país una edición de *La ideología alemana*! Y ahora –en Aeroparque– miraba deslumbrado a una rubia de *Playboy*, con unas tetas espléndidas. Ella también me miraba. Me guiñó un ojo y dijo: "¿Viste? Al fin sos libre. La prueba soy yo. Nunca vivas donde no te dejen ver a una mina en bolas". Compré la revista, claro. Si esa noche –en el elegante Hotel Crillón al que siempre iba– me ofrecían algo, una linda call girl cordobesa o porteña. En fin, una buena puta, los mandaba al diablo. Tenía una cita secreta con una rubia de *Playboy* y con todas las que seguramente habría adentro en esa revista del pecado, esperándome. También había revistas políticas. Ya había aparecido el *Desca. Ahora es hora del pueblo. Militancia*. Si hasta *Gente* –con su repugnante oportunismo– tendría una foto de Galimberti. *Panorama*, ni lo duden. Bernetti mediante. Había ediciones del *Kamasutra*. Al fin descubríamos que había más opciones para coger que para votar. Y –de pronto– algo me arranca de mi ensueño. La voz impecable de un "ejecutivo". En esa fecha les decían así: "ejecutivos". Había una canción de María Elena Walsh: "Ay qué vivos/ son los ejecutivos/ qué vivos que son/ de su casa al avión/ del avión al sillón / siempre tienen razón/ porque tienen/ la sartén por el mango/ y el mago también". IDEA no se llamaba Idea Para el Desarrollo de Empresarios en la Argentina sino "de Ejecutivos en la Argentina". La voz –decía– de un ejecutivo me arrancó de mi encanto primaveral camporista. Era una voz sarcástica. Amenazante. Una voz que decía: "Esto ahora es así. Pero pronto se va a acabar". El tipo hizo: "¡Ja!". En serio, primero hizo así: "¡Ja!". Y después dijo: "¡Pornografía y subversión!". Estaba con un amigo. Uno como él. Se rieron. Les divertía la cosa. Como si fuera una joda momentánea que se mandaban "los zurdos" en una coyuntura favorable. Sólo eso. En seguida se fueron.

No compraron nada en el kiosco. Ni la rubia de *Playboy* los calentó un poco. Pocos meses después, bajo el gobierno de Perón, todas estas revistas, junto con otras más berretas que llevaban nombres como *Killing* y mostraban chicas de malos hábitos y pocas ropas fueron quemadas en un enorme basural. Un cura empuñaba en alto una cruz, maldiciéndolas. Esa foto siniestra, inquisitorial, me llenó de dudas. O me aclaró algunas. Perón también acababa de prohibir 500 libros. ¡Entre ellos algunos de Pepe Rosa! Recordé a mi rubia de *Playboy*. Eso que me había dicho: "Nunca vivas donde no te dejen ver una mina en bolas". Qué sabiduría esa mina. Sabía más de política que todos nosotros juntos.

**Colaboración especial:**
**Virginia Feinmann-Germán Ferrari**

**PRÓXIMO DOMINGO**
**La primavera camporista (III)**